

RAMON H. JURADO

# DESERTORES

NOVELA 



Morfer, S.A.  
MADRID - L. 1.800. 00.000

RAMON H. JURADO

# DESERTORES

## NOVELA

8a. EDICION  
PANAMA  
1974

A JILMA RAQUEL



## PRIMERA PARTE

### CAPITULO I

Anochece a mediados de septiembre. Aquí, el tiempo, solo llega los domingos, precisamente a la hora en que la vieja campana de la capilla se desgañita. Entonces pregunta por acontecimientos, por sucesos, pero como siempre le responde el rostro inalterable de las mismas casas —¡nada! ¡nada!— continúa viaje, indiferente al pueblo y sus afanes... Porque aquí la historia es sencilla, humilde: la construcción de la primera casa de quincha; la inauguración de la Cantina y la Tienda de Pedro Concepción; la llegada del Padre Jiménez... ¡Ah! La llegada del Padre Jiménez fue un acontecimiento, porque justamente entonces se empezó la construcción de la Capilla, hubo misas y una que otra rogativa para recordarle a Dios que por ausencia de lluvias los sembríos languidecían.

\* \* \*

Hace poco que la noche entró y el Padre Jiménez abandona la casa cural, luego de cerrar con extremada diligencia la puerta única. Acaricia de paso los cipreses y empieza la travesía de la amplia plaza, camino de la Tienda, a ocupar su puesto en la tertulia. Es alto y delgado. Tiene los pómulos salientes y unos ojos pequeños, muy metidos. Una

frente amplia, escaso pelo gris y barbilla delgada. Los labios van finos, casi una línea imperceptible en la sobriedad del rostro. Viste raída sotana y calza botas.

Perteneció a los cuadros jesuítas destinados a catequizar a Colombia, pero su espíritu, un tanto demolido por todas las peripecias de una vida aventurera —vida de Jesuíta— resolvió quebrar votos y echar raíces para siempre en este campito que se le antojó muy lejos de Dios. Empezó así una nueva vida para el sacerdote. Murieron en él las impulsivas fuerzas que muchas veces lo obligaron a internarse en selvas desconocidas, a cruzar ríos y superar montañas, con la esperanza de descubrir otras ovejas descarriadas. Y un nuevo estado espiritual —el contemplativo— se afianzó de él. Trocó la militancia por la meditación. El Padre Jiménez se dijo muchas veces que al pecado no se le destruía persiguiéndolo, sino más bien descubriendo a Dios en cada hombre, en cada caso. No era cuestión de encontrar al demonio; había que exaltar lo bueno, lo divino que hay en cada criatura.

Desde luego, esta decisión del sacerdote de amarrarse a Capira no era hija de un momento ni mucho menos un gesto irreflexivo. La disciplina un tanto militar de su orden molestaba su condición pacífica. Además, la fuerza, la imposición, empañaban el pensamiento de Cristo. El tenía esa experiencia. Cierto que se ganaban almas acobardadas por el anuncio de castigos inminentes o perseguidas por la descripción del infierno, pero se perdía la fe, es decir, no llegaban hasta la fe. Y esto era, según el entendimiento del Padre Jiménez, desmentir los más altos designios de la religión. Aquí, lleno con la paz profunda de esta tierra, no sentía arrepentimiento alguno por haber roto el sagrado juramento. Ahora empezaba a servir a Dios.

Camino de la tienda, el sacerdote revivía la historia del pueblo. De ese pueblo que era parte de él mismo. Primero fueron unos cuantos ranchos, diseminados caprichosamente, sin otra función que la de servir de refugio temporal a los hombres. Luego, conversando siempre, consiguió alinearlos; robar a la llanura espacio, y hacer esa amplia plaza por la que ahora caminaba. Su mayor triunfo fue la construcción de la capilla. Lo otro, el arribo de hombres que bajaban desde muy lejos para conocer al Padrecito; la decisión de muchos de arraigarse para siempre allí, a su lado; el creciente público para sus sermones dominicales, eran cosas con las que contaba el sacerdote desde el momento mismo en que rompió con la Orden de Loyola. Por eso, camino de la Tienda, el Padre Jiménez pensaba en el pueblo, en sí mismo.

Cierta vez, cuando el ritual de la misa terminó y él se disponía a abandonar la iglesia, detúvose ante un feligrés cuya cara reflejaba una profunda angustia. Preguntóle cuál era la causa de su aflicción, a lo que el hombre contestó, entre incoherencias y palabras cortadas, con otra pregunta: "si a Dios únicamente se llegaba por la oración". Fijó en él su mirada y luego de meditar por breves instantes, respondió:

—No, tú puedes llegar a Dios por todas las cosas que te rodean.

Mas como el visitante insistiese en la angustiosa expresión, fue más explícito:

—Es decir, si amas a tu tierra, tu casa, tu mujer; si tratas con cariño todas las cosas que tú miras, que han sido hechas por El, estás venerando a Dios, acercándote a El.

Entonces el hombre sonrió haciendo gestos afirmativos con la cabeza. Esta y muchas otras situaciones parecidas vivió el buen sacerdote. Por eso



ahora, llegando a la Tienda, pensaba en el pueblo, en sí mismo.

—Buenas noches Padre —se apresuró a saludar alguien que descansaba sobre un banquillo.

\* \* \*

Integraron el mismo grupo de todas las noches. Casi siempre era el Padre quien llevaba la conversación, mas ahora, Pedro Concepción, viejo andaluz abandonado por la Colonia en esta tierra, alarmista y charlatán, en cuanto hubieronse sentado, notificó al cura de algo que hacía rato discutía con sus contertulios:

—Mal anda esa cosa, Padre —dijo.

—¿Qué queréis significar, Pedro Concepción?

—La política, Padre —esclareció el español. La capital está revuelta.

—¿Quién te ha informado, Pedro Concepción?

—Yo diría que era un correo. Tocó la tienda en camino a San Carlos. Bajaba de Panamá. Estuvo largo rato hablando y dijo que no andaba bien la cosa. A poco le tocan a usted una corneta y es hora ya que estamos nuevamente en el tira y corre.

—Exageras, Pedro Concepción y la mentira no es cristiana.

El informante contrajo el ceño y movió los hombros con gesto de resignación. El hecho de que alguna vez hubiese contado las noticias con algo de su fantasía; el que en más de una ocasión echara a rodar una verdad supuesta, que luego fue confirmada; y el que otras tantas sus datos quedaran sin confirmarse, no eran razón suficiente para que no se le creyese. Mortificábanle las observaciones del Padre Jiménez. Las sonrisas escépticas que a menudo dejaban su conversación en suspenso, eran cosas que lo perturbaban. Y él tenía sus motivos.

Acontecía que ellos no se daban cuenta de lo que él sí percibía: el pueblo —¿qué estaba diciendo? ¿Pueblo? ¡Bah! Caserío realmente—, el caserío, pues, no podría vivir sin él, es decir, sin sus noticias. Cierto que más de una vez trájole sus dolores de cabeza. Pero qué significaba eso ante el soberbio espectáculo de ver todo un pueblo, ¡qué dice!, caserío, discutir, comentar, desarrollar, esclarecer, interpretar, rebatir, agitar, examinar, ilustrar, explicar, aclarar, acrecentar, perfeccionar la noticia, —¡vamos hombre!, hay que decir la verdad—, esa frase se le ocurrió mientras atendía un pedido de velas. A veces sucedía que en cuanto echaba a rodar una noticia sentábase en el portal y podía, con increíble facilidad, ver la información dar la vuelta a la plaza, huír por el trillo que lleva a la Sierra y retornar a él. Cuestión de opiniones. Pero estaba seguro de que así tonificaba la salud del “caserío”. Muchas veces pensó seriamente en la posibilidad de que la población no despertara a la siguiente mañana. Sobre todo, al amanecer de una noche lluviosa, torrencial. Se vive quietamente, hay en todos los ojos tanta tristeza —como si se mirara un punto indescriptible en la lejanía— que él, Pedro Concepción, cree que aquí la gente no quiere vivir. No tiene nervios. Pero el pueblo sí: todos los pueblos tienen nervios. Y ellos, únicamente ellos, dan la vida. De allí la razón de esas noticias de Pedro Concepción: tocar los nervios del pueblo.

—Bueno Padre, quizás aumente un poquito, pero quiera Dios que no me quede corto.

—Los políticos creen atender siempre la voluntad de los demás, que ellos llaman mayoría, pero solamente obedecen a sus propias convicciones —se abstrajo el Padre Jiménez.

Pedro Concepción lo miró atónito. Otro de los presentes asentía sistemáticamente. En eso, llegó

hasta la conversación un galope de caballo que atravesaba la plaza camino de la Tienda. Pronto, frente a ellos una voz gritaba:

—¡Pedro Concepción...!

Frenó violentamente el corcel y sobre el suelo anduvo un claro sonido de espuelas. Ya en el portal, el jinete se quitó el grueso capote que le cubría y fue hasta la prolongación de la solera para colgarlo. Luego regresó a la Tienda.

—Vamos hombre, si es el Teniente. Ni más ni menos que un fantasma encapotado —bromeó Pedro Concepción.

—Afuerita llueve y el viento es frío —explicó el visitante.

Se dirigió al sacerdote:

—¿Cómo se encuentra, Padre?

—Obedeciéndole al Señor, Antonio.

Terminados los saludos, Pedro Concepción preguntó:

—¿Bueno Teniente, cómo están las cosas por allá?

Hubo silencio. El Padre Jiménez se entretuvo en contar los botones de su pechera, costumbre en la que se divertía su extremada paciencia.

—Pedro Concepción, tú siempre buscándole tres pies al gato; las cosas están bien.

No fue la vaguedad de la respuesta; tampoco el que creyera en las fantasmagorías del español. Seguramente fue el tono, un tanto dudoso en la respuesta del Teniente, lo que obligó al Padre Jiménez a preguntar:

—No mienta, Antonio; somos gente de confianza.

—Lo sé Padre, pero es el caso que no veo razón para alarmarse. Asuntos de política nada más.

—¿Otra revolución? —indagó entusiasmado el andaluz.

—No creo. Solo se nos ha dado el alerta; estar

acuartelados para cualquier emergencia.

Cambiando de tema, Antonio se dirigió al sacerdote:

—¿Cómo ve usted la cuestión política?

Jiménez sonrió:

—Yo no soy político, Antonio. Es cuestión que no me interesa.

—Ahora soy yo quien le dice que no mienta, Padre —cortó el militar socarronamente.

—Me adhiero a la opinión del Teniente.

—La política es una necesidad humana. Es factor esencial en las relaciones del hombre. Así la veo y desde este punto de vista me interesa. Creo además en la necesidad que hay de que todo hombre piense y actúe políticamente. Ello anularía la pasión baja y no permitiría las actitudes sospechosas.

—No veo muy claro, Padre —advirtió el español.

Los otros componentes del grupo —hijos del pueblo —asentían frecuentemente sin que al parecer les interesase mucho la conversación.

—¿Se refiere usted a la situación actual? —preguntó el Teniente forzando una respuesta categórica del santo varón.

—No me dirá usted que está muy clara.

—No lo diré, pero creo indiscutible la necesidad de una seria reforma constitucional.

—Yo sostengo el punto contrario, Antonio, pero tratándose de un paso tan trascendental como el que se piensa dar, creo que son precisas ciertas condiciones.

—¿Qué condiciones, por ejemplo?

—Cierta tranquilidad espiritual; sereno estudio de la situación política; intervención de distintos criterios... etcétera.

—Tiene razón, Padre, pero creo que todo eso se

rá consultado a su debido tiempo.

—Dios lo escuche — cerró el sacerdote.

Pedro Concepción liberó un gesto nervioso — encogimiento de hombros — y exclamó:

—¿Será bueno café, eh?

El Padre Jiménez y el militar salieron al portal mientras los otros dos parroquianos, de lejanas miradas, de profundo pensamiento a fuerza de meditar sobre lo mismo, apretaban sendas pipas, cuadrículando su silencio con los puntos y apartes de sonoros escupitajos.

En el portal, sobre la frente de unas piedras "vivas" robadas a algún riachuelo cristalino, las espuelas del Teniente dejaban rastros sonoros. A su lado, el Padre Jiménez caminaba pensativo, acariciando los botones de su pechera. Fueron hasta la esquina derecha.

La noche era oscura. Una delgada llovizna alestargaba el caserío y de la Sierra bajaba un viento helado. De la plaza solo llegaba la luz de la cantina y el eco de golpes que daban a una mesa. De tiempo en tiempo resbalaba una maldición profana que se abría bajo las sombras para perderse por cualquier recodo.

Las noches, estas noches campesinas de los pueblos, se adornan de un aire dramático, — meditaba el Padre Jiménez. Hay como un raro dolor en la forma de las casas y los ranchos. En los horcones torcidos de los portales hay un inexplicable temor a erguirse y un deseo de huir... huir. ¿A qué se huye? Los vientos solo son visitantes. No son del caserío. Bajan fugitivos de las montañas rumbo a tierras que se ignoran, y llegan porque el pueblo vive en su camino. Los vientos van, corren, ¿temerosos de qué? ¿Fugitivos de quién? Los hombres van, van lentos, perezosos, llenos de miedo, camino de alguna parte. Solo en el día parecen detenerse.

Pero al llegar la noche, se agachan, arrastrándose miedosos, conservando palabras para una conversación presentida, escondiéndose en los ranchos como si trepasen a un barco sin destinación. Se siente ese transitar involuntario. Las cosas todas van. Caminan hacia Dios. Baja uno de El; camina un trecho corto en que se piensa poder vivir sin su ayuda, mas al poco tiempo se palpa la necesidad, el deseo de subir hasta Dios, y el espíritu, obediente a esas fuerzas vitales, abandona la razón y se orienta hacia El. La vida es un claro eclipse entre Dios y Dios.

Hundido en sus meditaciones, el Padre Jiménez acariciaba los botones de su pechera.

Continuaba cayendo la llovizna y, por momentos, ráfagas de viento frío metían la lluvia hasta el portal.

—Caminemos —pidió el sacerdote y juntos regresaron hacia la otra esquina del portal.

Se aproximaban ya al lugar en donde pafaba el caballo del Teniente, cuando éste, sujetando al Padre por un hombro, le indicó dos bultos acostados en el suelo. Detuviéronse un instante para luego aproximarse con cautela. Seguramente se trataba de dos campesinos que bajaron de la montaña al comenzar el día y que ahora dormían la borrachera poblana antes de retornar a la Sierra. No era la primera vez que tal cosa acontecía. Muchas veces los sermones dominicales se fundamentaron en estos relajamientos que el Padre Jiménez siempre atribuyó a las flaquezas humanas.

—¡Oiga usted! —llamó el Teniente Antonio a los que dormían.

Idéntica sorpresa asomó en los rostros cuando un cuerpo menudo se incorporó, llenos los ojos de miedo, como animal sorprendido.

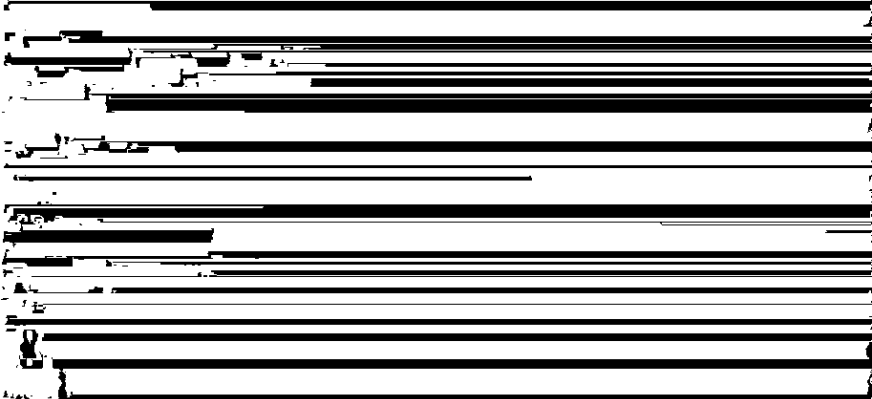
—¡Santo Dios, si es un niño! —exclamó el sacerdote inclinándose.

Sonrió el militar cuando el niño, temeroso de los

y eso de estar tendido allí era natural y lógica conclusión de un fin de semana en el pueblo. Desde luego, él aseguraba que esos indios dormidos eran felices.

El Padre Jiménez era de distinto parecer. Sostenía que el indio no encontraba placer en esa borrachera torpe. Unicamente era para su espíritu chato, limado por largas camintas, turbio por la perspectiva idéntica de los mismos paisajes, una rara sensación. Tampoco nueva. Solo el militar no opinó. Estuvo serio, meditabundo. Parecía que el trágico cuadro del portal hurtaba dormidos recuerdos. Quizás pensara en el destino de Estercita. Estercita, su hija, la niña cariñosa, capaz de mitigar esa profunda nostalgia que lo agobiaba desde la muerte de su esposa. Sí, tal vez el militar pensara que la vigilia de un niño es un cuadro tremendo.

Antes, en su agitada vida de militar, en las frecuentes asonadas y revoluciones, tropezó con ese espectáculo repetidas veces; mas entonces, o provocábale risa la expresión del niño, o le movía a cólera. Ahora pensaba de distinto modo. El niño





\* \* \*

Avanzaban los primeros claros del amanecer y Pedro Concepción tomaba una taza de café mientras contemplaba el profundo sueño de los indios. Borrachera grande debía padecer el viejo campesino para dormir tanto. Tiempo era ya de despertar. El día estaba próximo y el peón caminero debía aprovechar el fresco de la alborada. Bueno sería despertarles. Tal vez la borrachera persistía. Mas no. Era mejor esperar. Sueño de indio es como creciente de río a media noche: sepa Dios qué trae en el fondo.

Se internó Pedro por más café y al regresar sonrió satisfecho: los durmientes del portal se desperezaban. Acercose el español saludando cariñoso.

—Buendía, Lorenzo. Ya las claras te alcanzaron.

—Güen día, señor. Lejos me ha dejado er sueño.

—Pasa adelante. Tengo café para ustedes.

—Dios se lo pague, señor.

Tomando el café, Pedro Concepción dijo que el Padre Jiménez deseaba hablarle. Nada respondió el indio, pero siguió en silencio, sintiendo a su espalda los menudos pasos del pequeño.

—¡Padre Jiménez! ¡Padre Jiménez!

—¡Voy, Pedro. Ya voy!

Era la hora en que el sol acompañaba a un dicharachero cordón de gallinas al centro de la plaza.

## CAPITULO II

—¡Victorianooo! ¡Victorianooo!

De pronto, desde uno de los lados de la capilla, más precisamente, soltándose de la rama baja de un naranjo maduro, partió veloz un niño rumbo a la tienda del español.

—Mande, señor Pedro.

—¿Trepado en el naranjo, eh? —Corre a casa del Padre y dile que las cosas andán mal. Panamá está revuelta.

Emprendió carrera el muchacho, pero a los pocos pasos se detuvo. Volviéndose al tendero, preguntó:

—¿Qué es eso de revuelta, señor?

Hizo el español ademán de lanzarle una piedra y huyó Victoriano a plaza traviesa hacia la habitación del sacerdote. Dueño del portal, Pedro Concepción soltó a reír frenéticamente.

\* \* \*

Dos años habían transcurrido desde la mañana aquella en que el Padre Jiménez pidió al viejo Lorenzo que dejara en la capilla al pequeño Victoriano. Dos años largos en que el buen sacerdote luchó tenazmente contra el ancestro y la selva. Pero la

tenacidad del padre fue ganando terreno a la resistencia del niño. En un comienzo se le vio andar huraño, silencioso, añorando la sierra. No era fácil precisar sus sentimientos. Inútiles resultaban los esfuerzos del sacerdote por ahondar su espíritu. Nada. Solo esa mirada de fuego a la que el sacerdote buscaba traducción. Pasaba horas y horas, las piernas cruzadas, la barbilla sobre la mano derecha, metido en un sombrero tosco hasta las orejas, mirando el camino que llevaba a los montes.

Ibanse los días y todo llevaba a creer que el niño jamás se curaría del dolor de la sierra. ¿Mas, por qué no huía? ¿Acaso no era, pese a sus pocos años, conocedor de los caminos? El viejo Lorenzo lo advirtió: "Padre, no será por mucho tiempo. Yo lo dejo y él se va". ¿Qué lo retenía? ¿Ese sendero que tanto contemplaba, no lo llevaría a su sierra? ¿Entonces, por qué no huir? ¿Por qué no perderse entre las sombras de la noche y al amanecer, como viejo baqueano, orientarse hacia las tierras altas? Saber que Victoriano no quería alejarse consolidó las esperanzas del sacerdote. Victoriano Lorenzo sería cristiano.

Paulatinamente, Jiménez fue aproximando el plato del niño a su mesa. En los primeros días no era posible hacerlo comer. Para conseguirlo fue preciso que la comida quedara en el plato abandonada. Más tarde accedió a entrar a la cocina. Pero al comedor, junto al Padre, pasaron muchos meses antes de que aceptara.

Lo esencial era hacerse su amigo. Conquistar su confianza. Comprometer su cariño. Todo ello fue un tremendo esfuerzo y un nuevo experimento psicológico del Padre Jiménez. Pedro Concepción, tiempos después, se preguntaba cómo fue posible tal suceso. Domesticar la fierecilla resultó duro trabajo. Mas el niño llegó a querer entrañablemente

al sacerdote. Juntos se les veía a los atardeceres transitar los alrededores. En los oficios sacramentales era Victoriano su ayudante mejor. Los domingos, sus ojos no disimulaban el goce de sonar y sonar la vieja campana del templo. Fue uno más que bajó para quedarse.

Ocho meses más tarde —aseguraba el sacerdote— Victoriano leía con tanta rapidez que casi podía decirse que era capaz de estudiar al mismo tiempo.

\* \* \*

Cayeron los días y los años como hojas inútiles de naranjos, en la era cálida en que el norte tenso baja peinando la selva. Habitantes de muchos lugares se establecieron para siempre en el tranquilo pueblo que, poco a poco, se alejó de la vieja estampa campesina para ensayar piruetas urbanas. Y no solo mudaron las cosas. Fue como si los hombres de antaño se hubieran ahogado en esta nueva vida mucho más compleja y nerviosa. Pedro Concepción, obeso, mangajo, escondido en unos mostachos robustos, peligrosamente cerca de la muerte, cuidaba la tienda de siempre, ahuyentada de la plaza por nuevos establecimientos. El Padre Jiménez, a quien solo restaba de entonces la costumbre de acariciarse el pecho, sobrevivía al dolor de sus articulaciones reumáticas. Eran ídolos del viejo tiempo y ya tenían en la memoria del pueblo una hierática importancia.

Era el saldo escaso que restaba de la tertulia de otros años. Porque el asiento del Teniente Antonio Becerra y López, maltrecho y muy cubierto de polvo, rodó en pedazos cuando anunciaron que había muerto a palos en la plaza de San Carlos. Fue lo increíble, lo impresionante. El final de una época,

de un tiempo querido que se parapetaba canoso frente al progreso. Poco después se anunció la muerte de Pedro Concepción y el Padre Jiménez viajó para establecerse en Calobre. Partió solo, íngrimo, pues al momento de alejarse habló enérgicamente al pequeño Victoriano Lorenzo, en el sentido de que debía trasladarse a San Carlos a casa del difunto teniente Becerra y López y cuidar mucho a la huérfana Estercita, pues aunque junto a ella estaba Chefa, la sirvienta, siempre era conveniente la presencia de un hombre en la casa. Dos mujeres solas estaban expuestas a muchos peligros. Así él, Jiménez, podía irse tranquilo a Calobre porque estaba seguro de que Victoriano cuidaría de la hija de su gran amigo, ajusticiado por órdenes del Ejército en la plaza de San Carlos.

Así pues, partió el buen sacerdote a servir a Dios en Calobre y Victoriano Lorenzo tomó camino de San Carlos, a la casa de la niña Estercita.

De la vieja tertulia, solo el asiento del Teniente Antonio Becerra y López se cubrió de polvo canoso. Un día, cansado de ser inútil, cayó deshecho, mientras la ausencia del militar prometía ser definitiva.

\* \* \*

Aquí empiezan la leyenda y el misterio a envolver su vida, porque la vieja casa de Becerra y López estuvo cerrada mucho tiempo. Y la frondosa veranera, el ancho portal lleno de sombras, todo, todo en el viejo caserón se empapaba de un profundo silencio. Sí, allí se escondía una muchacha loca. Aseguraban que también Chefa, la vieja sirvienta, estaba loca. ¿Y el cholo, ese cholo Victoriano, acaso estaba cuerdo? Cuando se le preguntaba algo no contestaba. Siempre andaba silencioso y

---

con los ojos encendidos comprando cosas para la niña Ester.

Unos decían que en las noches se reunían los tres junto al alero de la cocina y, sin hablar, se pasaban horas y horas, la mujer tendida en una hamaca, mirando al cielo, Chefa fumando tabaco y el cholo Victoriano garabateando una hoja de papel. Pero las puertas jamás se abrían. Sí, esa mujer estaba loca. En todas las comidas pedía un adobo de palomas titubúas que el cholo cazaba diariamente para ella.

Un día las conjeturas del pueblo ganaron fundamento. De Bogotá llegó un señor, a todas luces encopetado, y se llevó consigo a la muchacha. Entonces el cholo Victoriano se fue a la Sierra y solo quedó Chefa en el viejo caserón. Todos, todos aseguraban que el silencio se hizo más espeso.

## SEGUNDA PARTE

### CAPITULO I

Tiene el tiempo en la montaña una profunda gravitación. Duele. Pesa. Va estrechando el alma, ahogándola, y muchos hay que desesperan. Desesperan solo de ver las hojas caer, desprevenida-mente, como si al filo de un golpe último de hastío se abandonaran agonizantes de melancolía. Y el río, ese río que se conoció siempre, jamás permite descifrar su idéntico gemir sobre las pe-ñas. Veces hay en que se asfixia y, en un intento de superar el acento paralítico de las piedras, monta el límite de las riberas y huye más allá, olvidándose de los hombres y las cosas. Es que en la montaña el tiempo tiene esa desesperante fasci-nación: los árboles se adelantan rígidos, her-méticos, para abrir, luego de correr un tanto de la tierra, el regazo de sus manos corpulentas; las piedras se empapan en la profunda seriedad de la cosa estática; los hombres son inexplicablemen-te más silenciosos, y todo es el tiempo, ese tiem-po de la montaña cargado de una fuerza oscura.

Mas no solo son los montes los enfermos; ellos tienen la gloriosa perspectiva del invierno que se adentra entre canciones de lluvia nueva renovan-do los colores. También padecen las llanuras ama-

rillentas y desahuciadas, los campos meditabundos y los pueblos; los pueblos, que aunque son hijos de la tierra, resultan ilógicos a la perennidad de la montaña ¡Ah, los pueblos largos y delgados, heridos por caminos en cruz, que agonizan clavados al madero de la tierra dura! ¡Sí! Ellos tienen una vida animal también. Los hay bajos, oscuros, tímidos. Existen los mediocres, de talla comedida, sin exigencias mayores. Los otros son brillantes, prominentes, casi que imprescindibles. Vivir en esos pueblos indefinibles es abandonarse a la mediocridad, a la pastosa medianía. Se tiene la sensación de permanecer en el fondo de un pozo cualquiera mientras que la vida, como un loco vendaval, toca rugiendo la única ventana. Un pueblo así, blanco de arena y polvo era San Carlos cuando Ester regresó de Bogotá. Poco; muy poco, había cambiado durante los largos años pasados en la capital. No podría explicar ahora, esa extraña desesperación por volver, por regresar. Inútiles fueron los consejos de los familiares, las advertencias de los amigos: quería volver a su pueblo, a su tierra, y no supo decir porqué. Tampoco lo podría decir ahora.

\* \* \*

Ester se levantó violentamente y caminó nerviosa por el jardín. ¡Liberal; ella liberal! Entre rosas caminaba y su rostro sereno, juguetón, se teñía con una sonrisa maliciosa. Dentro, Josefa preparaba las luces de la casa. Tras los cerros languidecían los últimos jirones del ocaso. Allá, sobre el mar, una mancha de pájaros marinos dibujaba fantásticos diseños. Venía la noche, la noche de su pueblo, arrastrando siempre un cortejo de recuerdos. A su regreso supo del infeliz suceso que llevó



a la cárcel a Victoriano. Era increíble: Victoriano Lorenzo asesino. Pero si fue tan bueno, tan inofensivo, tan servicial como el hermano más solícito. Injusticias... el gobierno no hacía más que injusticias. ¿Acaso no era famoso por sus desafueros ese nefasto Pedro Espejos? ¡Regeneradores...!

Se afianzaban las sombras y Ester transitaba pensativa por los senderos del jardín. Los atardeceres lentos, agónicos, llenábanla de nostalgia. Cuando pensaba en su tierra... en su pueblo... alentaba por momento furtivas esperanzas. Pero siempre sentía el temor de languidecer escondida en un recodo de los montes, como una joya que envejeciera entre el polvo de la calle. Desde que dejara la capital sintió con toda su fuerza el cambio de ritmo en el tiempo. Allá era el convencionalismo, la insensibilidad al detalle cotidiano. Acá, la lenta y profunda gravitación de las horas; la fuerza de los detalles; la progresiva importancia de las cosas insignificantes que van tocando desesperadamente el alma.

\* \* \*

---

—Niña Ester... ¡Niña Ester! —Avanzó la voz de Chefa desde el interior de la casa.

—¿Qué te acalora, Chefa? ¿Qué sucede?

—Niña —se acercó la mujer, y prosiguió en baja voz— allí está el Teniente. Es la tercera vez en la semana.

Hizo un guiño pícaro con los ojos.

—Chefa, Chefa... En seguida estoy.

—Buenas noches, Teniente Sotomayor. La plaza sin novedad —saludó Ester apenas entró a la sala.

—Buenas noches, señorita Ester. Eso disipa temores. Pero un centinela nunca está de más; las

noches son oscuras —devolvió el militar.

—Tome asiento.

Hubo un silencio corto, embarazoso.

—En estos momentos ese lazo rojo es comprometedor. Y para colmos siempre lo usa.

—Usted le da mucha importancia a la coquetería femenina, mi... Teniente.

Y sonrió con delicadeza la muchacha, acariciando el lazo.

—No lo dudo señorita Ester, pero permítame que le diga que usted no ilustra aquello de la frivolidad de las mujeres.

—¡Ja... ja...! ¿Cómo así, Teniente?

—Su lazo siempre es rojo. ¿No cree que sobran colores tan agradables como el rojo?

—¡Qué perspicacia! El ejército colombiano está lleno de diplomáticos... ja... ja ¿Y qué deduce usted... Teniente?

—Perdóneme señorita, me he explicado mal. Nada pienso. Solo que frente a ese color siento la presencia del enemigo.

—¿Cómo, lo ve en todas partes?

Una ligera confusión corrió por las pupilas del militar. Con un ligero movimiento adelantó el busto hacia la mujer:

—¿Piensa que le tememos?

—Teniente... ¿cómo puede pensar tal cosa...? ¡Ja...! ¡Ja...!

—Ester, nunca sé si usted es amiga o enemiga.

—Ja... ja... —volvió a reír la muchacha, tornando la mirada hacia el rincón en donde pendía el retrato de su padre.

El militar permaneció un momento pensativo. La miraba de manera lejana. Más bién había vuelto los ojos hacia adentro, como si intentara ordenar sus sentimientos. Advertido de lo que hacía apartó bruscamente la vista, desviando el tema.

—Es usted una mujer sorprendente. Yo diría que hay algo de extraño, de misterioso en su persona.

—Es que usted se empeña en hacerme su enemiga...

—No... no es eso... es...

—¿El lazo rojo?

—No... no...

—No le gustan mis ojos...

—No es eso... No es...

—¿Le molesta mi risa...?

—Por favor, señorita.

—Lo...

—Ester, por favor, no continúe; ¿cómo puede hablar así?

El oficial tomó un tiempo para proseguir:

—Me refería a usted misma, Ester. Hay en usted algo que seduce... que convence. Y le advierto que no soy el único que piensa así.

—Vamos Teniente, me hace pensar que es obligación de todo militar el ser galante.

—Usted siempre burlándose, Ester.

—Bueno, Teniente Sotomayor —hablaba la muchacha sonriente— dígame qué es lo que la Oficialidad piensa de mí.

—Oh, no es nada malo. Allá se habla mucho de usted. La visitan tantos...

El militar contuvo la expresión, pues sintieron pasos en la calle próxima que, indudablemente, se dirigían a ellos.

—Buenas noches —dijo un coro de cuatro voces.

—¡Vamos, qué fortuna: el Estado Mayor en mi casa! —chisteó Ester.

Instantes después era un grupo amigo que se miraba indiscretamente.

—¡Chefa! —llamó Ester.

—Sí niña, mande, pues.

—Sírvenos café, por favor, Chefa.

Entre los recién llegados se encontraba un hombre que vestía traje civil. Tenía una expresión serena y sus modales eran francos. Francisco Céspedes Roca se llamaba y, al parecer, lo traían andanzas políticas.

—¿La quiere mucho, eh? —preguntó uno de los visitantes.

—Piense usted que es como mi segunda madre.

—Perdone; señorita; no fue mi deseo despertar recuerdos.

—Descuide; no soy de las que curan el dolor olvidándolo. Así no cicatriza. No creo en la necesidad de huír de los recuerdos. Lo esencial es hacer un amigo de cada pensamiento doloroso, así como se añoran los buenos momentos.

—¡Maravilloso señorita! —observó el civil. Algo parecido expresaba un soneto que oí recitar a Darío hace algún tiempo.

—Es don de poetas decir en forma bella lo que a veces todos intuimos.

—Es cierto.

Chefa se aproximó con el café. Ello hizo más franca la conversación y las voces se enredaron con carcajadas. Uno de los oficiales, levantándose, fue hasta el ángulo en que descansaba el retrato.

—¿Algún pariente?

—Mi padre nada más.

Y para cortar una conversación que seguramente le molestaba, se dirigió al civil:

—¿Hace poco llegó de la capital?

—Para ser exacto, esta misma tarde. Poco antes pasé por Panamá. Estoy en lo que podría llamarse un viaje político.

—Ajá, cierto; estamos próximos a la campaña. ¿Y cómo encuentra la situación?

—Bueno, para serle franco, no está bien. Pero nunca nos hemos hecho ilusiones con este Depar-

tamento. Con su perdón, señorita, el Istmo ha sido siempre reaccionario al progreso; no ha sido consecuente con sus benefactores...

Ester, hembra de violentos sentimientos, de imprecisables reacciones, pudo, mal que bien, sofocar el fuego de sus ojos.

—Pensé que iba a referirse al Estado de Santander; o tal vez al Gran Cauca; pero siendo como es su afirmación desearía que me explicase aquello de reaccionario al progreso y eso relativo a la obediencia al benefactor.

—Lamento haber provocado su enojo; señorita Becerra. Fue sin querer. No hubo mala intención, se lo juro.

—¡Qué gracioso! —rió Ester. Si no me enoja, no faltaba más. La política no me interesa. Es tan complicada... tan incomprensible... Eso es cosa de hombres inteligentes... ja... ja...

—Oh... es usted tan bella como sabia... señorita Ester.

—Vamos, la política disputando la gracia a la milicia.

—Ja... ja... es invencible —declaró un oficial. Ya lo había dicho... ja... ja...

—Cierto; es invencible.

De pronto, bajando desde la calle silenciosa, llegó nostálgica una guitarra. Dulces notas de una vieja canción que provocaba olvidadas resonancias. Luego, en el ámbito de esa noche blanca, se dejó oír el lamento de un trovador vagabundo.

Ester y los visitantes escucharon en silencio. La melodía se alargaba, portadora de viejos motivos inconfesables. No era la luz blanca de esa luna cruel e incommovible; tampoco era un deseo especial, determinado. Había una extraña vaguedad, un vacío en la noche soledosa que corrían a

llenar antiguas formas adoradas. Sin esfuerzo, se imaginaban los caminos canos, largos, como canales de leche por el vientre de la noche.

—Un amante que ofrece serenatas.

Ester quedó un tanto pensativa y luego, entre pausas, intervino:

—Un trovador que canta a la noche.

—No tiene mala voz —ayudó alguien.

—Acompaña con gusto.

—Ester, un tanto agobiada por la compañía, y con un deseo particular de estar sola, forzó la despedida entre sonrisas:

—Muy tarde es para estar en la calle; pasemos a la sala.

—Cierto; tarde es y mejor nos retiramos —pluralizó el político dando las buenas noches con un breve discurso.

Sola, fue a la cama cuando las luces se silenciaron.

## CAPITULO II

Una tarde Ester bordaba en el portal al amparo de las veraneras. Con la aguja dejaba un rastro de trazos artísticos mientras que, en su interior, hilvanaba recuerdos, revivía nostálgicamente trechos del pasado. Era una amena labor. Por momentos sonreía, sonreía con languidez, o por el contrario, deteniendo la acción, clavaba la mirada en un punto cualquiera, abstrayéndose.

En un gesto que repetía a menudo, levantó la tela a la altura de los ojos, los brazos extendidos, para contemplar, así, el progreso en la labor, cuando sintió unos pasos que desde la calle avanzaban hacia el portal. Apartó el paño, pero la veranera nada dejó ver. Segura de que la visitaban, suspendió la tarea, cuando en el portal se detuvo de pronto un hombre pequeño, de fuerte contextura, cubierta la cabeza por un sombrero de paja de largas alas y aguda copa. Los dos miráronse por largos segundos hasta que la muchacha, con una sonrisa ancha, feliz, exclamó:

¡Victoriano!

—¡La niña Ester!

Fue un abrazo emocionado, expresivo, como un intento mutuo por simplificar la tremenda significación del tiempo transcurrido. Ester se despren-

dió de los fuertes brazos del cholo y, alejándose unos pasos, lo miró firmemente.

—Victoriano Lorenzo... Victoriano Lorenzo, quién lo esperaba... Mi cazador de titibúas —decía la muchacha como si hablara consigo misma.

Y en lugar de la figura tosca de este hombre, en el sitio en que estaba su sombrero ridículo y esta corbata de lazo sumamente sufrida, surgió el espectáculo imponente de un coro trágico que contaba... ¡uno...! ¡dos...! ¡tres...! ¡cuatro...! ¡cinco...! ¡seis...! una plaza inmensa... una plaza hostil, y ella muy sola... terriblemente sola... Sí, sí, viene un muchacho que anda por la casa... que no sale... que la cuida, y Chefa toda abrazos... toda mimos... El muchacho llega siempre hasta ella con un collar de palomas muertas, ese muchacho... sí, sí... ese muchacho...

—¡Victoriano Lorenzo! —vuelve a exclamar en alta voz, ante la rígida figura del hombre que la mira con unos ojos firmes, ardientes, y una sonrisa afable.

—La niña Ester es ya una dama. ¡Cómo se va el tiempo!

—¿Qué has hecho? ¿Qué ha sido de tu vida? ¿Cómo te trataron?

—Ya verá usted; ahora soy un asesino que ha cumplido su pena —dijo Victoriano con acento amargo y como avergonzado.

—Ven, sentémonos. ¿Te acuerdas de Chefa?

—Yo tengo buena memoria, niña Ester.

—¡Chefa! ¡Chefa! —gritó la muchacha soltando los frenos del entusiasmo.

Tras las cortinas asomó el rostro amplio de la campesina.

—¿Mande la niña?

—Trae café para el señor —señalando a Lorenzo— y para mí.



La campesina miró con rigor al hombre y, avanzando de cuerpo entero, gritó con alegría:

—¡Niña, pero si es Lorenzo!

—El mismo —se presentó Lorenzo.

—¿Verdad que no ha cambiado, Chefa?

—Pero si está mesmito.

Lorenzo sonreía, amigo siempre del hermetismo.

—En seguida vuervo; como que taba colándolo —advirtió Chefa mientras ponía cortinas de por medio.

\* \* \*

Esa noche las puertas de la inmensa casa en donde vivía Ester permanecieron cerradas a la calle. En el patio, al final de un alero, se reanimó la vieja escena: en la hamaca Ester; recostado a uno de los horcones, Victoriano sobre un taburete; angular, semejando descansar sobre los tobillos, Chefa en una banqueta. De la cocina, por una ventana superior, salía al espacio el humo delgado de un fogón al rescoldo.

Victoriano Lorenzo habló. Dijo que días antes de la partida de Ester para Bogotá, la voz de su tierra lo reclamaba intolerante. Pero calló su necesidad porque no se resignaba a alejarse y abandonarla, sabedor de su pena. Mas en cuanto la niña Ester hubo partido, ya nada era superior al llamado de sus montes. Tomó camino de la Sierra, arribando justamente cuando su padre agonizaba.

—¿Qué es del Padrecito? —fue lo primero que preguntó el viejo Rosa Lorenzo.

—Quedó en Calobre la última vez. No lo he vuelto a ver.

Tiempo después, tras larga agonía, murió el viejo Rosa Lorenzo. Por herencia legole dos fincas

preciosas bautizadas con los nombres de El Cacao y La Trinidad. Mas hubo otra cosa que también heredó: el prestigio que su padre sentara entre su gente de hombre honrado, laborioso, justo, hasta el extremo de que parecía existir un tácito convenio entre los conmarcanos para aceptarlo como jefe de la comunidad: producto todo esto de largos años de permanente pelea contra una tierra huraña; de escrupulosidad en el uso de los derechos; de atinados juicios en las disputas tribales.

El retorno de Lorenzo significó la aceptación de un cargo que ya tenía en la imaginación de los vecinos. Venía de otras tierras donde alternó con los blancos; sabía otros oficios y se rumoraba que era hombre de conocimientos.

Y fue así como al morir su padre, heredó también un puesto prominente en la comunidad, concedido por la confianza y la simpatía.

Entonces, transcurrió su vida sin alternativas, cuidando las fincas que producían para vivir sin apremios, y de juerga en alguna "junta", cuando se desbrozaba un terreno o se "cargaba" un rancho.

Cierto día recibió Lorenzo notificación de trasladarse a Penonomé, citado por el Alcalde del lugar.

—Lo he llamado, Lorenzo —habló el Alcalde— para una cuestión muy importante.

—A su mandar, señor.

—Es el caso que la Prefectura cree necesario que alguien represente a la autoridad en esas tierras del Cirí y Trinidad, que, si no me equivoco, hace mucho tiempo están sin ley.

—Perdone señor, pero somos buena gente y no necesitamos autoridad.

—No digo lo contrario, Lorenzo, pero nunca sobra un representante de la justicia. Esta Prefectu-

ría, por conocerlo bien, lo distingue al hacerlo a usted Regidor de esos contornos.

—Sepa su excelencia, con el perdón debido, que dicho por usted es cosa de ley y digo esto para decir que bien está lo que su señoría resuelve.

El nuevo cargo en nada alteró la vida comunal. De tiempo en tiempo enviaba el Regidor hasta Penonomé notificación de los progresos que en el ornato del campo se notaban, conseguidos con el pago de fajinas al fisco. Mas, como no hay bien que dure cien años ni humanos que lo consientan, apareció por esas soledades un sujeto de nombre Pedro de Hoyos, de no muy santa cara ni mejores intenciones, altanero y parlanchín, con ánimo de hacer jolgorio, quien permaneció allí una semana, desapareciendo al cabo, tal como llegara, por cualquier camino. Cosa de dos meses más tarde reapareció, en compañía esta vez, preguntando por Victoriano Lorenzo.

Al atardecer de ese día encontrábase Victoriano en casa de José de la Cruz Gil, hermano de Teresa Gil, buenos amigos los dos del Regidor, cuando de pronto vieron llegar a Pedro de Hoyos acompañado por dos vecinos de Capira. A pocos pasos del sitio en que descansaban Victoriano y los otros, detúvose el tal Hoyos —que no por hechos buenos era llamado también Pedro Espejos—, y en tono sonoro preguntó:

—¿Eres tú Victoriano Lorenzo?

—Para lo que se le ofrezca al señor —respondió Lorenzo, abandonando el asiento.

Los hermanos Gil presenciaban silenciosos y lejanos la escena.

—Vengo para que sepas que el Regidor de Cacao, Trinidad y Cirí soy yo, Pedro de Hoyos, por voluntad del Alcalde de Capira, que son estos sitios de su jurisdicción.

El hombre soltó un enorme escupitajo que casi alcanza los pies de Lorenzo, quien, encendidos los ojos, habló pausadamente mordiendo una sonrisa.

—Preciso es que conozca el señor que los sitios de Cacao, La Trinidad y Cirí son territorio del Distrito de Penonomé antes de que yo naciera.

Hoyos, desconociendo la observación que Lorenzo le hiciera, con la altanería frecuentemente usada por la gente de ciudad, replicó:

—He venido a dar conocimiento. Solo hay un Regidor en estas tierras y ese soy yo, Pedro de Hoyos, ¡vive Dios! Y desde este momento, como principio, los impuestos, diezmos y primicias son asuntos que atenderé. Y al que se niegue lo llevaré amarrado a la cárcel de Capira.

Dicho lo anterior, Pedro de Hoyos giró en redondo con sus acompañantes, perdiéndose por el trillo que lo trajera. Lorenzo quedó estático, en sus labios aún la sonrisa, siguiéndoles con la vista. Luego regresó al asiento que abandonara a la llegada de los forasteros.

—¿Ha visto osté, manu Victoriano? —dijo Tere-so Gil, solicitando con los ojos una declaración.

—¡Qué talla de cristiano! —manifestó, asombrado, Cruz Gil.

Lorenzo, parco en el hablar, con el ceño recogido, los ojos fijos y lejanos, advirtió:

—Disgustos y calamidades tendremos.

Esa vez Victoriano retornó a su casa con la confianza de haber encontrado la solución al problema. No sabía a ciencia cierta si los sitios de Cacao, Trinidad y Cirí eran jurisdicción del Distrito de Penonomé o si pertenecían a Capira. Se le nombró Regidor y no pensaba renunciar; pero el tal Pedro Espejos tenía desmanes de hombre peligroso y ya habían llegado rumores de sus andanzas, como el que afirmaba que era éste un evadido de

la justicia, de donde resultaba razonable notificar al Alcalde los hechos sucedidos.

Al siguiente día no se alejó a los montes, como era hábito, sino que, lleno de esperanzas, escribió una carta al funcionario, que así decía:

“República de Colombia

Departamento de Panamá

Rejiduría de los Sitios de Trinidad, Cacao y Sirí.

El Cacao, Diciembre 29 de 1890.

Sñr. Prefecto de la Provincia de Coclé.

El suscrito Rejidor de los mencionados sitios, con todo el respeto debido ocurro ante la autoridad de V. en solicitud de protección a los individuos sujetos a mi jurisdicción.

Es el caso, Señor Prefecto, que de tiempo inmemorial los referidos caseríos Trinidad, Cacao y Sirí son parte del Distrito Municipal de Penonomé, gobernados siempre por los Rejidores que nombra el alcalde del aludido Municipio, y pagan sus vecinos, sus impuestos del trabajo personal subsidiario, pecuario, Diezmos y primicias a los recaudadores de Penonomé. Pero ahora, un tal hombre que dice llamarse Pedro de Hoyos, natural de Sincelejo, en el departamento de Bolívar y que de suponer es que no por hechos justos y morales, haya abandonado su familia e internadose avivir entre indios tan ynocentes como Sencillos, asalariado por los recaudadores de impuestos, Diezmos y primicias del Distrito de Capira pretendiendo con Amenazas, y con su carácter de hombre de otros lugares cobrar los impuestos públicos a los vecinos de los Sitios, de la comprensión de este Distrito Municipal.

Vuelvo a llamar la atención de V. de que esos sitios, desde tiempo inmemorial, han conrrespondido y conrresponden a Penonomé y corresponde a V. poner coto a los abusos que pretende ejecutar

el tal Hoyos, pues amenaza que llevará amarrados para la cárcel de Capira a los que no paguen el trabajo subsidiario y demás impuestos en el Distrito de Capira.

Soi del Señor Prefecto  
S. S.

*Victoriano Lorenzo*".

Casi toda la mañana consumió el quejoso en escribir la carta que con toda solicitud envió ese mismo día al señor Prefecto de Penonomé. Tomada tal medida, Victoriano sintiose más confiado, pues creía sinceramente en la razón de su causa. Pedro Hoyos era un aventurero. Relatos conocidos afirmaban que escapó de la prisión en que cumplía condena en su departamento natal y por aquí, en donde la acción de la justicia descansaba en el respeto y temor que la gente buena sentía por los actos del gobierno, evitaba la sanción pública sabe Dios por cuál delito. Sus desmanes de hombre audaz tal vez impresionaran el ánimo de los moradores sencillos, pero él, Victoriano Lorenzo, sabía del proceder del blanco, como también que sobraba en sus venas coraje para hacerse justicia.

Los días se hicieron semanas. Las semanas se dilataron y del Municipio de Penonomé no subía comprobante de que el señor Alcalde estaba en autos de los sucesos, ni de que había tomado medidas para solucionar el conflicto. Sin embargo, en el ánimo de Lorenzo anidaba una confianza absoluta en el poder de la Justicia.

Era el atardecer del sábado 23 de abril de 1891 y victoriano descansaba sobre un taburete apoyado en la vergüenza de una de las puertas del

rancho de Miguel Rodríguez, animando una conversación simple, tal vez reconstruyendo la jornada vencida. Ya el sol languidecía y la sombra poderosa de los cerros se estiraba tal que copas invertidas por los valles. Llegaban del monte cercano frágiles lamentos de animales cobardes o débiles que huyendo a la muerte, trazaban fantásticos caminos. Venía la noche. La noche montaraz, cautivadora, que lanza un viento húmedo, paralizante, como heraldo mudo, a danzar por esas trochas sombrías.

De pronto, por el trillo que llevaba al camino real —camino real de los blancos, allá abajo, a lo lejos, más allá del “guabo Maldito”, luego de vadear el “Charco de la Tulvieja”, casi junto a la mar distante —vieron venir un grupo presuroso de gente forastera.

Lorenzo y los contertulios, que no eran otros que Miguel Rodríguez y su mujer, cortaron de golpe la conversación haciendo esfuerzo para identificar a los extraños. Pero en el claroscuro del anochecer solo eran sombras que avanzaban.

Se me hace que será el tal Hoyos —aventuró Miguel Rodríguez.

La mujer, con un gruñido sordo, dejó oír:

—Mal ánimo traerá el cristiano.

Lorenzo permaneció inalterable y solo cuando los visitantes se detuvieron a pocos pasos dió señales de vida. Había placidez, tranquilidad, infantil inconsciencia en su expresión.

—¿Tú eres Lorenzo, verdad?

—A su mandar, señores.

Lorenzo reconoció a Pedro Hoyos y dióse cuenta cabal de lo que sucedería. No en balde caminó en la tarde para arribar al anochecer. Había en sus gestos son de pelea. Aunque no localizaba el brillo de sus ojos, sabía que no rondaba lejos la tra-

gedia. Y quienes lo escoltaban no eran sus amigos: allí estaba sonriente Pablo Morán, con una larga puya que movía maliciosamente; Concepción Cárdenas, tercerola en mano, listo para disparar; serio peligrosamente, aguardaba José de Jesús Rivera, machete en mano; el mismo Hoyos traía la lustrosa escopeta imprudentemente montada. Sí, Victoriano comprendió que el crimen no era extraño a la intención de los forasteros.

Hoyos habló nuevamente:

—Oye Lorenzo, tú estás acostumbrado a burlarte de la justicia. Te advertí que tus robos del subsidiario debían terminar. ¿Te crees muy hombre, verdad?

Lorenzo permaneció firme, mirándole a la cara y como quien realiza esfuerzos respondió:

—Vea Pedro Hoyos: no trate de insultar en balde. Usted...

—¡Tú engañas a tu gente pero a mí no, Lorenzo. Eres un cholito relamío... ¡Aprésenlo muchachos! —gritó Hoyos ordenando a su escolta.

Victoriano no hizo resistencia, y fue atado.

Miguel y su mujer, atónitos, atontados, miraron al grupo que se alejaba empujando al prisionero.

\* \* \*

Cuatro días más tarde, presa de una furia oscura, confusa, Lorenzo escribía en el tenor siguiente: "Señor Alcalde del Distrito Capital de la Provincia de Coclé:

Ante Ud. respetuosamente me dirijo: Yo el suscrito Rejidor, de los Sitios Trinidad, Cacao y Sirí, nombrado por su excelencia y juramentado con arreglo a la lei, y desde antes con el antiguo Alcalde señor Eligio Ocaña por quien fui autorizado



al veintiseis de Octubre del año 89 quien también se dirigió al Señor don Jaime Carles recomendándome ante la oficina de esa Alcaldía, a quien yo le espliqué y le dije que si más talde yo no estuviera algún atropello por las autoridades de Capira quien me ofreció el Sñr. Dn. J. C. y el señor alcalde que no, por lo que ofresí prestar mi promesa y firmar la diligencia para constancia, y de esa hépoca ora e tenido a Pedro Hoyos de enemigo en lo que me á injuriado con muchas imposiciones que no me las a de poder provar que yo no creo que a Ud. no le aiga enviado algunas, y por último llegarse el caso de amarrarme y ponerme en el camino para el M. de Capira con sus dos comisarios y un particular y el delito es por ser yo Rejidor nombrado por la Alcaldía de Penonomé y no e acometido un crimen ni mis vecinos tan poco el ver muerto este sujeto. Respetando mi carácter y a un mismo tiempo por estar mui inorante si estos terrenos corresponden a Capira o es verdad que a Penonomé, pero este individuo se a lisenciado el mismo al tomarme a tenido a su Destino de Rejidor de Capira y se lo pongo en conocimiento para el caso si Ud. se le da poco aprecio con que yo haiga sido amarrado como un criminal y todas las bur-las de este hombre que ami me ase y me a echo sean garantizadas y yo me quede sufriendo como impabido Ud. me contestará Señor Alcalde lo que avien tenga y según sus medidas del caso.

Esto me apasado el Sabado fecha veintitrés del presente delante de dos comisionados y cuatro particulares en donde allegado armado de una terserola amontada para dispararme y una punta desenbainada los dos comisarios el uno con una punta y el otro con una escopeta y el particular con una escopeta, y me amarraon por espacio de

---

dos oras caminando para Capira y me mandó soltar por que yo ofrecí le daría la jente y que no me volvía ameter en articulaciones para que me soltara para tener tiempo de enviarle a Ud. el susedido, espero que esto sea castigado y los comisarios también y sino se berifica esto para yo entonces aser justicia y después que no me persigan.

\* \* \*

El Cacao 28 de abril de 1891.  
Dios guarde á Ud. Señor Alcalde.  
S.S.S.

*Victoriano Lorenzo*”.

### CAPITULO III

Entonces, precisamente entonces, fue aquello, el accidente, la conmoción total, el hecho irrevocable. Como el grito impetuoso, sorpresivo, que se empina en la espesura; el viento atrabiliario que descarna, corta y desaparece —Asaltante noctámbulo— por la brecha abierta de algún desfiladero; o el arponazo traidor de una coral desde la húmeda oquedad de la hoja invertida; el río desquiciado, vengativo, que avanza, avanza cansado de ser tonto y maquinal, segando esperanzas, haciendo la historia olvidadiza de las riberas, depositando al mar o al cauce idéntico de otro más tonto el porvenir estático de una tierra olvidada; o digamos que fue igual al zarpazo del gato insomne desde una rama baja a la espalda desprevenida; o al gesto irrenunciable de un aletear de murciélagos en el firmamento angosto de una madre-veja oculta; también fue como la explosión tránsfuga de la luciérnaga, como el hecho contundente del tronco que rueda ladera abajo, como el vuelo silbante de una flecha entre las ramas, hasta encender el grito agónico del ave en las alturas.

\* \* \*

Esa tarde del Sábado 23 de junio de 1891 ce-

rró violentamente entre gritos de fiesta y alaridos de indios borrachos. Eran los días secos del veranito de San Juan y Justo Rodríguez designó la fecha para el traslado de su trapiche. Fue una "Junta" de amigos y familiares que trabajaron incansablemente toda la jornada, libando abundante chicha fermentada, mascando tabaco, entre chanzas y dichos maliciosos.

Cuando el sol aleteaba lánguido sobre la cima más lejana, cortaron la faena y todos, con ánimo festivo, se dirigieron a casa de Justo Rodríguez. Lorenzo, como siempre, era el jefe de la fiesta, tan alegre y locuaz entonces como José de la Cruz Gil, cantor y bailarín incansable; Tereso Gil, hermano y de idénticas características, aunque esta vez, cosa que observó Victoriano, permanecía distraído, quizás meditando; tan alegre como Miguel Rodríguez, siempre animoso para el trabajo, y los otros, Ramón Rodríguez, Baltazar Rodríguez, Tomás Arias, Trinidad Rodríguez y Januarios Agrajé, quienes cantaron y bailaron a su turno, ausente en ellos toda prevención.

—¿Qué te pasa Tereso Gil? —preguntó Lorenzo arrastrando aguardentosas sílabas, casi ininteligibles, por los filos de unos dientes apretados.

Tereso Gil, más moderado, sonriendo para no traicionar el espíritu de fiesta, respondió.

—Sabe, manu Victoriano, argo hay que no entiendo. Una cosa ej er dicho y la verdá otra. Toy sitiendo argo malo. Argo que no güelo, pero que ta mal.

—¿Qué será lo que tiene Tereso Gil, pues? —dijo como para sí Victoriano, sonriendo maliciosamente. A decir verdá yo también espero.

Lorenzo cerró la advertencia con un grito loco, desaforado y, apartando a Justo Rodríguez que bailaba, empezó a danzar como un atrabiliario,

sin ritmo ni designios, una encadenación insana de brincos y gestos. Empujados todos por el entusiasmo del Manu Victoriano soltaron a dar saltos y hacer visajes, organizando un fantástico baile.

Cerca a la casa había unos pocos hombres y mujeres que seguían con cierto contento las peripecias de los danzantes. De pronto llegó hasta el cerco de curiosos el sonido de unos pasos en carrera y desprevenidamente abrieron camino a un hombre que se precipitó hasta la casa de Justo Rodríguez.

Nervioso, profundamente atemorizado, gritaba:

—¡Mano Victoriano, mano Victoriano, viene Pedro Espejos!,

Hubo un instante en que pareció que ninguno alcanzaba a entender lo que el hombre exponía. Mas en seguida, como en quien aflora un recuerdo desagradable, Lorenzo se volvió con dificultad:

—¿Qué es lo que pasa, Sebastián?

—Pedro Espejos viene con cinco capireños, Manu Victoriano.

—Si la ley no es ley, nosotros seremos ley— fue la respuesta.

De la fiesta solo quedó en la habitación Lorenzo, con una escopeta en la mano; a su lado, Justo Rodríguez, con un lustroso machete. Pero fue cosa de instantes, pues casi en seguida regresaron los hermanos Gil, los primos Rodríguez, Tomás Arias y Januarios Agrajé, unos con escopeta, otros con machete; y hubo uno a quien la precipitación solo permitió un cuchillo de caza.

Lentamente, como un precario regimiento de avanzada, los hombres fueron abandonando la casa, en los rostros visible la profunda decisión. Se situaron en un descampado, frente al rancho de Justo Rodríguez. Allí estuvieron algún tiempo, como a la espera de un acontecimiento. De pronto,

se oyeron pasos que subían desde las sombras. Serían las nueve de la noche y horas hacía ya que la montaña debía dormir. Sin embargo, sobre el candil de Justo Rodríguez se avivaba el insomnio de la Trinidad.

Apareció el grupo. Los hombres llegaban sabe Dios con qué designios. Al frente, Pedro Espejos, andarín de mil caminos, salteador de la fe tonta de los ignorantes, resto de alguna banda malhechora disuelta por la mala suerte. Traía desmanes del que absorbió la conciencia.

—¡Lorenzo, indio bronco, vengo por vos! —gritó Pedro Hoyos, descolgando la escopeta que terciaba en el hombro.

Victoriano adelantó dos pasos para responder:

—Tú o yo, Pedro Espejos.

Los brazos de Hoyos se iluminaron con una violenta llamarada y sobre la cabeza de Tereso Gil pasó silbando una descarga. Otro fogonazo partió de manos de Lorenzo y por allá un grito estentóreo:

—¡Policía, policía, degüello, degüello, fuego, fuego, degüello. Ay, ay, me matan, me matan!

Era la voz de Pedro Espejos, herido. Otras descargas sonaron y Hoyos rodó por el camino en que los amigos de Lorenzo perseguían al resto del grupo, montaña abajo.

Luego fue la inconsciencia, el hecho oscuro. Unos hombres que gritan, que acribillan la noche con las bocas de sus fusiles, que danzan en torno al cadáver sangrante. Es una furia loca e incontenible. Pedro de Hoyos es arrastrado con diez y siete machetazos en el pecho, mientras un puñado de gritos borrachos cuelga en la noche como el canto trágico del cocorito.

Pasaron los días en que apuñalaba una duda terrible. ¿Atrincherarse en la montaña y desafiar la ley de los blancos? ¿Rendirse al imperio de la justicia y confiar en la ecuanimidad de los hombres? ¿Acaso no se había hecho justicia, sencillamente justicia? Pero... ¿qué camino seguir ahora, cuando de la noche oscura solo quedaba una zozobra tremenda, asfixiante? Se puede huir por el monte virgen y perderse tal vez para siempre. También, oponer a la ley la ley de los que fueron siempre indios tan buenos como sencillos.

Pero si la conciencia es solo fuerza en los débiles, también lo puede ser en los valientes. Llevaría hasta los hombres su inquietud y ellos dirían la palabra suprema. Resonaba en su interior, como un canto lejano de campanas, la voz del Padre Jiménez: "Busca en el hombre lo bueno, a Dios; no busques al Demonio".

Una mañana, días más tarde, cuando ya Juan B. Peñalosa, Alcalde de Capira, organizaba cuadrillas para cazar al cholo insurrecto, al filo de las ocho horas del amanecer del 3 de julio de 1891, haciéndose abrir el despacho, Victoriano entregóse a la autoridad del Prefecto de Penonomé.

—La noche del Sábado 23 maté a Pedro Espejos en defensa propia.

\* \* \*

Bien entrada estaba la noche cuando Lorenzo concluyó el relato de su vida, de esa vida suya que pareció dislocarse en cuanto Ester partió hacia Bogotá. Estuvieron un tiempo silenciosos. El viento tenía un ruido especial entre los mangos cercanos y por el suelo se arrastraba la voz angustiada de las hojas secas.

—Mendoza se portó bien conmigo —prosiguió

Lorenzo. Fue mi abogado; hizo todo lo posible por ayudarme. No me quejo. Es un buen hombre. Yo le estoy agradecido.

Mirando fijamente a Ester le preguntó:

—¿Bueno, niña, y de su vida qué fue? Yo creí que no la volvería a ver.

—Si supieras Victoriano. Bogotá fue distinto, algo insospechado. Fue como si de pronto me hubieran abandonado en el centro de una plaza llena de gente. Imagínate lo que aquello significó para mí. No sé ni cómo logré habituarme hasta sentirme bien en aquel ambiente. Tuve profesores. Mis primas se esmeraron en ayudarme, alentándome, enseñándome maneras y costumbres. Mis parientes son personas muy bien relacionadas, de modo que por allí desfilaba diariamente lo más conspicuo de la ciudad. ¡Oh, qué cosas...! Figúrate, Chefa, aquellos señores tan serios, tan respetados, enamorándose y relatando chistes como cualquier hijo de vecino. Pero un día sentí nostalgia de esta casa, que solo allá supe cuánto quería. Ja... ja... la cara de Chefa cuando me vio llegar...

—¡Pero ni qué decirlo! ¡Ta uno entregao por entero, barre que barre y de pronto la mesmita en la vergüenza de la puerta!

—Pienso que mejor se hubiera quedado la niña.

—Expícate, Victoriano. ¿Qué quieres decir?

—No, nada.

Nuevamente el silencio. Por el sur se alejaba el coro de las hojas secas.



## TERCERA PARTE

### CAPITULO I

—¡Ven... regresa... no huyas... no huyas...!

—¡Eaaa! Antonio... no huyas... retorna... ríndete! ¡Ríndete!

¡Pam...! ¡Pam...!

—¡Asesinos... Criminales...! Huye... huye... escondete y regresa... ¡Viva el Partido Liberal!

\* \* \*

¡Vive Dios! Está vivo... está vivo... ¡ja ja ja! No, no tiene fiebre. Solo es una cortada sobre la pierna derecha. ¿Dónde está? Lodo... ¡únicamente lodo! ¿Cuál es el camino? ¿Será posible? Señor... ja ja ja... es el camino de la muerte... de la muerte. Ah... el mundo se distancia... el mundo es un canto de cigarras fugitivas.

Voces le despertaron:

—¡Capitán, es inútil. Le atraparemos!

—¡Pam! ¡Pam!

Balas perdidas hacia la copa de todos los árboles. ¡Godos miserables, sanguinarios! Es extraño cómo habita la muerte en todas partes: en los árboles, en el lodo, en la sangre que corre por la pierna.

Si no es el tiempo... ni el alma... es la muerte lo único eterno y trivial.

—¡Pam! ¡Pam! Rabi-cenizo cobarde, ríndase!

¡Cobarde! Cuatro balas quedan en la recámara de la pistola. Jamás pensó que el suicidio fuera tan sencillo, tan intrascendente. Pero es preciso caminar... alejarse. ¡Ah, la pierna!

—¡Capitán! ¡Capitán!

Parece lejana pero está presente la voz. Se arrastra torpemente sobre el fango. No importa hacia dónde camina. Ya la tarde se despide y muy pronto alcanzará la selva virgen. Viene del mar un viento húmedo que tumba las hierbas frías. Se sostiene de lianas y bejucos colgantes; avanza abrazándose a algún árbol con enfermo empeño por disimular los rastros de una fuga desesperada.

Tiempo más tarde, densa oscuridad le señala el regazo de la selva. Por fin, la soledad deseada. Sí, la soledad, con sus extraños habitantes. Cree oír ladridos, y un acento lejano —¡Capitán!— pero al volver espaldas, nada, nada que no sea la claridad en los linderos de la selva. La imaginación. La imaginación vencida por la muerte, allá donde el último llamado se empinó huraño en la maleza.

Franjas de aire que logran vencer el cerco de la montaña aseguran que pronto vendrá la tempestad. Viento marinero con memorias de espumas huyendo hacia la tierra firme. Octubre. Lluvia tras lluvia; truenos y convulsiones hasta que la iracunda Santa Rita descanse. Ya se oye el frenético rugir del tigre ensoberbecido. Un pájaro nervioso chilla sin acomodarse. ¡Quién sabe por qué ramas huye esa trashumante, esa despavorida cuadrilla de monos, los suspicaces, los tremendamente humanos cariblanco! Sobre las hojas muertas y ateridas, se delata el paso de los gatos en busca de

más espesos matorrales. Hay momentos en que gritos indescifrables como arpones lanzados al azar, quedan tensos en el techo amplio de la jungla; quedan esos aullidos horribles como presentes voces cavernarias. A ratos un silbido en la penumbra traza un olvidadizo sendero rumbo a hondas lobregueces: es la vertiginosa cascabel, canto de plata, muerte de bromo. O tal vez —¿por qué no, en el recinto de la muerte?— sea el tránsito de la furtiva, de la subrepticia bocaracá. Mas no hay que confundirlo con ese andar nervioso, desesperante, unas veces fugaz, otras de una lentitud premeditada, de las ratas. Avanzan, chillan sin justificación, y desde la cobija de una hoja disecada, saludan el silencio necesario de la muerte de humilde manera.

Ahora, aquí en el centro o frente al principio inapelable del hombre, siente un inexplicable deseo de gritar, de reír, denunciando el asedio de la especie. Allá afuera los mastines soeces del gobierno solicitan su muerte; aquí la selva anuncia el categórico desenlace. ¿Por qué huye entonces? ¿Por qué todavía, conociendo el final, hay muy adentro una esperanza delgada, una poderosa voluntad de subsistir? Se arrastrará toda la noche, le sostendrán los bejucos, las lianas o los arbustos, pero ha de avanzar. ¿Hacia dónde? ¿Hacia dónde que no aceche la muerte? ¿Y si esta selva no concluye; si esta tiniebla no fallece; si aquí jamás ha descendido la luz, para qué el intento vano? ¿Cómo llegó al seno de estas sombras, cómo superó la agonía de la muerte en la pierna? Perdona, Señor Todopoderoso, que se inquiera a tus arcanos. Pero no puede, no puede. El galope de la sangre enloquece, esas voces no dan descanso, los chillidos, la presencia viva de las cosas da miedo, espanta y vence, Señor.